



La Eucaristía



El Cuerpo de Cristo, roto y entregado por el mundo

La Eucaristía es la “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (*Lumen Gentium* [Constitución dogmática sobre la Iglesia], no. 11). En la liturgia eucarística y en nuestras oraciones ante el Santísimo Sacramento nos encontramos a la presencia de Dios de maneras personales y profundas. Pero la Eucaristía también es algo social, tal y como nos lo recuerda el papa Benedicto XVI en *Deus Caritas Est* (Dios es amor): “Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma” (no. 14). La Eucaristía, celebrada en comunidad, nos enseña acerca de la dignidad humana, nos llama a tener una relación recta con Dios, con nosotros mismos y con los demás, nos invita a la comunidad y a la solidaridad y nos envía en misión a ayudar y transformar nuestras comunidades, barrios y el mundo entero. La doctrina de la Iglesia, con sus raíces en la Sagrada Escritura y la Tradición, pone de relieve tanto la naturaleza personal como social de la Eucaristía. Esta guía destaca los escritos de Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI acerca de la naturaleza social de la Eucaristía. Sus palabras nos retan y nos llevan a un encuentro con Cristo en la Eucaristía, tanto personal como social.

Experimentamos la Eucaristía como comunidad.

La Eucaristía nos acerca cada vez más a Cristo como individuos, pero también lo hace como comunidad. Como católicos nunca ofrecemos culto verdaderamente solos, individualmente. Durante la liturgia eucarística nos reunimos jóvenes y ancianos, ricos y pobres, así como lo hacen millones de personas por todo el mundo y los santos en el cielo, para celebrar el sacrificio de Cristo. Esta poderosa realidad nos recuerda que, en palabras de Juan Pablo II: “Una comunidad realmente eucarística no puede encerrarse en sí misma” (*Ecclesia de Eucharistia* [Sobre la Eucaristía], no. 39); la Eucaristía, más bien, nos reta a reconocer nuestro propio lugar dentro de la comunidad y de la familia humana.

La Eucaristía nos hace conscientes de nuestra propia dignidad y la de los demás.

La Eucaristía es un signo de nuestra “dignidad incomparable” como personas humanas. Esta dignidad, otorgada a todas las personas independientemente de su clase social, situación económica o lugar de origen, nos hace reconocer “qué valor debe de tener a los ojos de Dios todo hombre, nuestro hermano y hermana, si Cristo se ofrece a sí mismo de igual modo a cada uno . . . Si nuestro culto eucarístico es auténtico, debe hacer aumentar en nosotros la conciencia de la dignidad de todo hombre,” escribe Juan Pablo II (*Dominicae Cenae* [Sobre el misterio y el culto de la Eucharistía], no. 6).

La Eucaristía unifica y sana las divisiones.

San Pablo enseñó que la celebración de la Eucaristía no es sincera si existen divisiones en la comunidad basadas en la clase social (1 Cor 11), en posiciones o privilegios (Rom 12) o si existen facciones dentro de la comunidad (1 Cor 1). El participar en el sacramento como miembros iguales de la familia de Cristo nos reta a unirnos como una sola familia.

La Eucaristía nos sensibiliza acerca de quienes sufren.

Al meditar sobre la Eucaristía experimentamos el amor que Cristo nos tiene a nosotros y a todos los demás. En la profundidad de la oración, el amor de Cristo por quienes sufren nos mueve y sensibiliza tanto que las palabras de san Agustín se hacen para nosotros una realidad: “El dolor de una persona, incluso del miembro más pequeño, es el dolor de todos” (*Sermo Denis*).

La Eucaristía nos mueve y nos inspira a responder.

En la Eucaristía la abundancia sin límites del amor del Padre hace que nazca “en nosotros una viva respuesta de amor,” la cual hace que “que nosotros mismos comenzamos a amar” (*Dominicae Cenae*, no. 5). Al contemplar el sacrificio de Cristo por un mundo de necesidad, nos sentimos obligados a seguir su ejemplo. Adentrados “en la dinámica de su entrega” nos sentimos llamados a darnos a nosotros mismos en solidaridad con los miembros de nuestra familia humana que afrontan injusticias (*Deus Caritas Est*, no. 13). Las palabras de san Juan Crisóstomo en el siglo IV se hacen realidad

para nosotros al reflexionar sobre Mateo 25:31-46: "¿Deseas honrar el Cuerpo de Cristo? No lo ignores cuando esté desnudo."

El amor inspirado por la Eucaristía nos permite vivir nuestra vocación cristiana.

Juan Pablo II escribió que nuestra habilidad para ir e imitar a Jesús lavando los pies de los discípulos es el "criterio [en base al cual] se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas" (*Mane Nobiscum Domine*, no. 28). "El culto eucarístico," dijo, es la expresión del "amor que nace en nosotros de la Eucaristía," aquel amor que es "la característica auténtica y más profunda de la vocación cristiana" (*Dominicae Cенаe*, no. 5).

La Eucaristía nos reta a reconocer y confrontar las estructuras de pecado.

El Cristo resucitado en la Eucaristía actúa como "urgencia de renovación interior, dirigida a cambiar las estructuras de pecado en las que los individuos, las comunidades, y a veces pueblos enteros, están sumergidos"

(Juan Pablo II, *Dies Domini* [*Sobre la santificación del Domingo*], no. 73). Estas estructuras incluyen el racismo, la violencia, la injusticia, la pobreza, la explotación y todas las demás degradaciones sistemáticas de la vida o dignidad humana. Como nos lo recuerda el papa Benedicto XVI, nuestra "comunidad entre hermanos y hermanas" en la Eucaristía hace que nazca en nosotros "la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios" (*Sacramentum Caritatis* [*Sacramento de la caridad*], no. 89).

La Eucaristía nos prepara para la misión.

Ante el rostro del pecado y la injusticia que vemos presente en nuestras comunidades y en nuestro mundo, la Eucaristía pone una "semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas," retándonos a vivir vidas "eucarísticas" y afirmando nuestro papel tanto como ciudadanos como hombres y mujeres de distintas profesiones y en distintos niveles de la sociedad, cuyo cometido es "contribuir con la luz del Evangelio

a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios" (*Ecclesia de Eucaristía*, no. 20).

La Eucaristía nos impulsa y envía a transformar el mundo.

La Eucaristía "no debilita, sino que más bien estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente." Cristo en la Eucaristía nos llama "a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios" (*Ecclesia de Eucaristía*, no. 20). Maravillados por todo lo que hemos recibido en el amor y la autoentrega de Cristo, respondemos mediante el servicio a los demás y con obras de caridad, y también actuando a favor de la justicia para transformar las estructuras, políticas y leyes injustas que degradan la vida y dignidad humanas.

Copyright © 2013, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Reservados todos los derechos. Se autoriza la reproducción de esta obra, sin adaptaciones, para uso no comercial.

PREGUNTAS PARA LA ORACIÓN Y LA REFLEXIÓN ANTE LA EUCARISTÍA

1. Dedicar algo de tiempo a reflexionar sobre las citas de textos papales que aparecen en este documento.
 - ¿Cuál de ellas te inspira?
 - ¿Cuál de ellas te reta?
 - ¿Cómo puede Dios estar hablándote?
2. ¿Cuál tema(s) que afecta actualmente a tu comunidad y al mundo sientes profundamente en tu corazón? Dedicar algo de tiempo a presentar estas preocupaciones ante el Santísimo Sacramento.
3. Durante tu tiempo frente a Cristo presente en la Eucaristía, ¿sientes su compasión? ¿Su amor? ¿El deseo de transformar todo aquello que se opone a la vida y dignidad humana?
4. ¿Qué dones te ha otorgado Dios Padre? ¿Cómo puede estar pidiéndote que uses esos dones para servir a los demás?
5. ¿Cómo puede estar el Espíritu Santo inspirándote a unirte a otros para responder a problemas que puedan existir en tu familia, barrio o comunidad?